

San Antonio Abad, un santo antiguo pero muy actual

María Rosa FERNÁNDEZ PEÑA
Madrid

- I. Introducción.**
- II. El monacato.**
- III. La iglesia maronita.**
- IV. Hagiografía de San Antonio abad.**
- V. Iconografía del santo.**
- VI. El ergonismo o fuego de San Antón.**
- VII. San Antonio abad y el arte.**
- VIII. Patronazgos de San Antonio.**
- IX. Fiestas populares: bendición de los animales y hogueras.**
- X. Iglesia y celebración de San Antón en Madrid.**
- XI. Bibliografía consultada.**

I. INTRODUCCIÓN

Los santos: cofradías, devoción y arte, ha sido el tema propuesto por el Instituto Escorialense de Investigaciones Históricas y Artísticas para este año de 2008. En el programa se explica que la Iglesia, con la finalidad de transmitir a los fieles unos modelos de vida dignos de imitar, ha presentado a los santos a través de las hagiografías¹, las leyendas, la literatura y las representaciones artísticas creando así un importante patrimonio artístico y literario que los propios creyentes han perpetuado a través de los siglos.

Como paradigma de esta realidad he elegido la figura de San Antonio Abad, también conocido como San Antonio el Grande o San Antonio el Ermitaño, y más popularmente como San Antón, pues aunque él vivió hace dieciocho siglos y encarna un modelo de santidad de la primitiva iglesia oriental ha enlazado con nuestro tiempo y nuestra civilización de una forma popular y entrañable, como veremos más adelante.

San Antón ocupa un puesto indiscutible en la tradición piadosa del pueblo cristiano español que todos los 17 de enero inicia el año con romerías y festejos en su honor, organizados en ciudades y pueblos por cofradías y hermandades. Y ha sido fuente de inspiración de numerosos artistas, entre ellos que Velázquez, dato a tener muy en cuenta por ser muy escasa la representación de santos que nuestro gran artista llevó al lienzo.

Nace Antonio en Egipto, cerca de Menfis, el año 251 y queda huérfano muy joven y heredero de una cuantiosa herencia. Pero un día al entrar en el templo oyó predicar este pasaje: *Si quieres ser perfecto, vende tus bienes y reparte entre los pobres el dinero que obtengas de la venta*. Estas palabras evangélicas fueron decisivas para él; vendió sus bienes, repartió su hacienda, dejó a su pequeña y única hermana al cuidado de piadosas mujeres y libre de ataduras se marchó a vivir al desierto. Y allí murió en el 356, a la edad de 105 años, en el monte Colzim, cerca del mar Rojo.

II. EL MONACATO

El fenómeno del monacato cristiano se inició precisamente en Egipto en los últimos años del siglo III a.d.C. El desierto se convirtieron en el escena-

1. Historia o relato de la vida de un santo. Del griego *hágios* (santo) y *grafía* (descripción).

rio de un fenómeno singular: las almas generosas formadas en el clima de la persecución se retiraban a él para sufrir el martirio del aislamiento, el ayuno y la mortificación; para vivir en la contemplación de Dios unos ideales místicos basados en la dura ascética de los consejos evangélicos. El ansia de santidad que en los primeros tiempos del cristianismo se alcanzaba a través del martirio físico, se buscaba ahora a través de la renuncia a la propia vida.

Por tanto la literatura hagiográfica a partir del siglo IV está estrechamente relacionada con el monaquismo. Hasta entonces la Iglesia había venerado como santos sólo a los mártires y había transmitido sus vidas y hechos en las conocidas Actas de los Mártires. Con los anacoretas apareció en escena otro modelo de cristianos ejemplares, a los que se consideraba “santos vivientes”, retirados, silenciosos y entregados a la meditación, al ayuno y la penitencia, en unas durísimas condiciones de vida. Fue San Atanasio el que escribió sobre San Antonio Abad la primera hagiografía que se conoce.

Las mujeres también fueron llamadas a este modelo de vida tan aislada y austera. Por ejemplo, Santa Synclética que nació en Alejandría en el 271 y que al igual que San Antonio pertenecía a una acaudalada familia de la que heredó, junto a su única hermana que era ciega, una cuantiosa fortuna al morir sus padres. Repartió la mayor parte de la misma entre los pobres, dejando sólo lo necesario para asegurar la subsistencia de su hermana y se retiró con ella, para atenderla debidamente, a una aislada casa en el campo. Sus últimos años fueron de grandes sufrimientos y enfermedades, pero todo lo soportó con gran paciencia. Murió en el 355 después de haber fundado la primera comunidad religiosa femenina de la que se tiene memoria. Su hagiografía se atribuye también a San Atanasio.

Y no hay que olvidar a las damas romanas que en el siglo IV inspiradas por San Jerónimo se trasladaron a Belén y fundaron dos cenobios para mujeres bajo la dirección de Santa Paula.

Pero volviendo a San Antonio Abad recordemos que muchos cristianos, atraídos por esta nueva espiritualidad, se habían ido a vivir cerca de él iniciando la primera comunidad de ermitaños de vida en común pero sin ninguna regla escrita. Esta idea se extiende, perdura y es recogida por las comunidades cristianas de Siria, que posteriormente hubieron de emigrar al Líbano y ha llegado hasta nuestros días a través de la Iglesia Maronita².

2. La iglesia maronita, fundada por San Marón (+ 410), se mantiene en plena comunión con la Sede Apostólica de Roma, sin renunciar por ello a sus estructuras y rituales propios en siriaco y árabe.

III. LA IGLESIA MARONITA

La Iglesia maronita fundada por San Marón (+ 410), integra el grupo de las iglesias siríacas cuyos orígenes están en la iglesia de Antioquia³, primera sede apostólica fundada por San Pablo Apóstol, donde por primera vez los seguidores de Cristo comenzaron a ser llamados cristianos. A su frente está el Patriarca de Antioquia y de todo el Oriente y aunque a lo largo de su historia ha sido una comunidad dispersa, perseguida y pobre, ha conservado su fidelidad a la autoridad de Roma y considera al Papa como el único Vicario de Cristo en la tierra y legítimo sucesor de Pedro. Ha tomado siempre como norma de vida el Evangelio y ha dado a la Iglesia Universal santos muy venerados⁴.



El Bosco, Las tentaciones de San Antonio

San Antonio Abad siempre ha tenido gran influencia en las órdenes religiosas pertenecientes a la Iglesia maronita. Por ejemplo, el origen de la orden de los Padres de la Orden Libanesa Maronita, es el siguiente:

3. La ciudad de Antioquia fue fundada a finales del s. IV a.C., por Seleuco I Nikátor como capital de su imperio en Siria. Su nombre actual es Antakya y pertenece a Turquía.

4. Entre ellos, San Charbel (1828-1898), canonizado por Pablo VI en 1965 y su maestro, san Nemetala (1808-1858), canonizado por Juan Pablo II en el 2004.

«En 1695, los tres religiosos fundadores decidieron seguir, de común acuerdo, la Regla de San Antonio el Grande, Padre del Monacato, imponiéndose tres finalidades básicas, entre ellas: Volver a las fuentes originales, es decir, a los Santos Padres, especialmente a Basilio el Grande, el Venerable Juan Clímaco, y el ilustre Efrén el Sirio, todos ellos seguidores de los ideales de ascetismo y vida contemplativa de San Antonio el Grande»⁵.

Tampoco debe olvidarse la influencia que tuvo San Antonio Abad en España en la reforma del Carmelo (Orden que tiene su origen en el Monte Carmelo), por Santa Teresa de Jesús y San Juan de la Cruz, que evocaron a los ermitaños y muy particularmente a la espiritualidad de San Antonio.

IV. HAGIOGRAFÍA DE SAN ANTONIO ABAD

La amistad de San Antonio y San Atanasio (296 a 373) debió surgir en las largas visitas que este sabio prelado hacía a los ermitaños del desierto, admirado y edificado por aquel tipo de espiritualidad y de ortodoxia cristiana. San Atanasio llegó a ser obispo de Alejandría y luchó sin desfallecer toda su vida contra la arraigada herejía arriana⁶, contando siempre con el apoyo de su amigo Antonio, que incluso en alguna ocasión se trasladó a Alejandría para ayudarlo en su predicación contra esta grave desviación de la doctrina.

Al morir Antonio, en el 356, Atanasio como homenaje escribió su vida que es una edificante lectura. Transcribo a continuación algunos párrafos:

“Después de pocos meses cayó enfermo. Llamó a los que le acompañaban –había dos discípulos que llevaban vida ascética desde hacía quince años y se preocupaban de él a causa de su avanzada edad – y les dijo: “Me voy por el camino de mis padres, como dice la Escritura (1 R 2:2; Js 23:14) pues me veo llamado por el Señor. En cuanto a ustedes estén en guardia y no hagan tabla rasa de la vida ascética que han practicado tanto tiempo. Esfuércense para mantener su entusiasmo como si estuvieran recién comenzando (...) Distribuyan mi ropa. Al obispo Atanasio denle la túnica y el manto donde yazgo, que él me lo dio pero que se ha gastado en mi poder; al obispo Serapión denle la otra túnica, y ustedes pueden quedarse con la camisa de pelo. Y ahora, hijos míos, Dios los bendiga. Antonio se va y no está más con ustedes.

5. Toda la información en <http://www.sancharbel.org/>

6. El obispo Arrio (256-336) afirmaba que Jesús sólo era hijo “adoptivo” del Padre. San Atanasio, en el Concilio de Nicea (325), condenó esta herejía; pero no logró erradicarla pues tenía muchos seguidores y estaba muy extendida. La condena definitiva llegó en el concilio de Constantinopla en el 381.

Nunca tomó la ancianidad -sigue contándonos San Atanasio- como excusa para ceder al deseo de la alimentación abundante, ni cambió su forma de vestir por debilidad de su cuerpo, ni tampoco lavó sus pies con agua. Y, sin embargo, su salud se mantuvo totalmente sin perjuicio. Por ejemplo, incluso sus ojos eran perfectamente normales, de modo que su vista era excelente; no había perdido un solo diente; sólo se le habían gastado las encías por la gran edad del anciano. Mantuvo las manos y los pies sanos, y en total aparecía con mejores colores y más fuerte que los que usan una dieta diversificada, baños y variedad de vestidos”.

Las lecturas y las predicaciones sobre San Antonio Abad siguieron manteniendo viva la llama del modelo de vida cristiana que el humilde ermitaño había propuesto. De los textos y de las predicaciones se pasó a las representaciones visuales y así, aquella vida consumida en un lejano desierto se fue extendiendo y diversificando en múltiples e insospechados aspectos de devoción para los fieles.

V. ICONOGRAFÍA DEL SANTO

Una serie de detalles y símbolos distinguen las representaciones de San Antón. Por un lado, su ubicación en el desierto en actitud de oración y rodeado de tentaciones, pero también se le identifica por el cerdo que normalmente le acompaña en cuadros y esculturas. El cerdo se consideraba un animal impuro y ponerle a sus pies significaba que había vencido a la impureza.

Pero hay otra causa que proviene de la orden de los Caballeros Hospitalarios, Antonianos o Antonitas, fundada en el siglo XI en Francia, bajo la advocación de San Antonio como santo curador. Para mantener y alimentar a los enfermos los frailes recurrieron a la crianza de cerdos, a los que pusieron bajo la protección del santo, simbolizada por la campanilla que tintineaba atada a sus cuellos y así tenían el privilegio de poder vagar en libertad por las calles de los pueblos y los terrenos comunales, donde eran alimentados por sus vecinos.

Del hábito de estos frailes procede otra señal iconográfica, pues se representa habitualmente a San Antón como un anciano barbudo que viste el hábito de los Antonianos: el sayal negro con la Tau⁷ –a la cual él tenía gran veneración– en azul.

7. La *Tau* «T» es la última letra del alfabeto hebreo y decimonona del alfabeto griego, que corresponde a la que en el nuestro se llama «te». Pero es también señal y signo, todo un símbolo. San Francisco profesaba una profunda devoción al signo *Tau*, del que habla expresamente el profeta Ezequiel (9,3-6) y al que se refiere implícitamente el Apocalipsis.

Otro detalle singular es el fuego que suele brotar de sus pies o del libro que sostiene en sus manos. Las llamas simbolizan una de las más terribles enfermedades que atendieron los Antonianos y que se dio en llamar *Fuego de San Antón*.

VI. EL ERGONISMO O FUEGO DE SAN ANTÓN

Europa durante la Edad Media padeció cíclicamente epidemias y plagas de todo tipo que diezmaron la población, como la peste, la lepra, la sarna. No tan conocida como ellas, pero quizá más terrorífica, fue el ergonismo, también conocido como *ignis sacer*, *culebrilla*, *fuego sagrado* o *de San Antonio*.

Se manifestó esta enfermedad en Francia, entre 1085 y 1095 y sus síntomas eran una sensación de intensa quemadura en las extremidades (punta de los dedos, orejas o nariz), que lentamente se iban gangrenando. En realidad, la enfermedad se contraía por consumir pan de harina de centeno contaminada por un parásito llamado *cornezuelo* o *tizón*.



Velázquez, *Las tentaciones de San Antonio*

Fue considerada una enfermedad terrible y misteriosa, ligada a un castigo divino y en la que muchos predicadores veían relación con la lujuria. Los afectados no tenían ninguna institución sanitaria a donde acudir en demanda de

ayuda, así que se dirigían a los Monasterios y Santuarios en busca de un consuelo venido de lo alto. Y entre todos los lugares pronto destacó el Monasterio Benedictino de Montmajour, en el Delfinado francés, cerca de Vienne su capital, donde habían sido depositados pocos años antes los restos de San Antonio Abad⁸ por unos caballeros franceses que regresaban de las cruzadas.

Allí se creó una fraternidad de laicos, con conocimientos médicos y un corazón caritativo, que se dedicaron a atender y aliviar la enfermedad, siempre bajo el patrocinio de San Antón. La aplicación de hierbas medicinales⁹ y una sana alimentación con pan de harina no contaminada, buen vino y mejor jamón (los famosos cerdos “de San Antón”), lograban el alivio e incluso la recuperación del enfermo. Pero también crearon un gran Hospital llamado “de los Desmembrados” pues las operaciones quirúrgicas, conocidas como la “serradura”, para amputar los miembros enfermos y evitar la propagación de la gangrena eran, en los casos avanzados, el único remedio. La fama de esta fraternidad, pronto convertida en Orden religiosa por una bula del papa Bonifacio VIII en 1297, se extendió rápidamente y llegaron a tener 397 hospitales por toda Europa.

En España tuvieron dos encomiendas¹⁰ principales, la de Castrogeriz en Burgos (aún quedan sus restos) y la de Olite en Navarra (actual convento de las Clarisas), de las cuales dependían muchos hospitales instalados la mayoría de ellos junto al Camino de Santiago, pues gran número de peregrinos procedentes de Europa venían afectados por ese mal.

Cuando la enfermedad fue totalmente erradicada, la Orden no supo reaccionar buscando otras alternativas y perdió poco a poco su razón de ser. Fue extinguida por Bula Pontificia a finales del s. XVIII. Pero la devoción a San Antonio Abad ha perdurado.

8. San Antonio, por propia voluntad fue enterrado en un lugar desconocido en el desierto, pero -cuenta la leyenda- que un pájaro blanco con pico rojo indicó el lugar y con la ayuda de dos leopardos fue desenterrado en el 561 y conducido su cuerpo a Alejandría. Después se llevó a Constantinopla y posteriormente se trasladó a Francia a la comarca del Delfinado donde se depositó en un Monasterio benedictino llamado Montmajour.

9. En los artículos titulados “San Antón en la Medicina” y “El bálsamo de san Antón”, ambos de Ricardo Ollaquindia, se hace mención al reciente Congreso Internacional de estudios medievales en la Universidad norteamericana de Kalamozoo en Michigán, en el que se ha presentado una ponencia sobre “La orden Antoniana. Una reevaluación” que se refiere a sus técnicas curativas y quirúrgicas, innovadoras en aquel momento. El llamado “bálsamo de san Antón”, un unguento poderosamente antiséptico y el “santo vinagre”, bebida compuesta de hasta 14 plantas mezcladas con vinagre y miel, eran muy eficaces y su creación exclusiva de los Antonianos.

10. El concepto de *encomienda* deriva, al parecer, de una Orden Militar anterior que existió con el mismo nombre.

VII. SAN ANTONIO ABAD EN EL ARTE

La Iglesia, en su afán por trasladar a los fieles los ejemplos de santidad que habían llevado determinados cristianos, encargó a los mejores artistas representaciones de sus vidas. A lo largo de los siglos ellas han sido tema recurrente para pintores y escultores creando una iconografía propia para cada uno de los santos, como ya hemos visto. En el caso de San Antonio Abad, el tema más llevado al lienzo ha sido el de sus tentaciones en el desierto para lo cual utilizaban fuentes literarias como la *Vita Sancti Antonii* de San Atanasio o más posiblemente la *Leyenda áurea* de Santiago de la Vorágine¹¹.

Hay algunos antecedentes en la Edad Media europea de pinturas sobre San Antón, especialmente en miniaturas, pero es en torno a 1500 cuando se realizaron famosos cuadros como el tríptico de El Bosco (1505), que se conserva en el Museo de Arte Antiguo de Lisboa y en el que aparecen tres escenas donde se narran los tormentos mentales y espirituales por los que pasó San Antonio. Del mismo autor, pero más serena, es la tabla que se encuentra en el Museo Nacional del Prado. Corresponde a los últimos años del Bosco y vemos a San Antón acurrucado bajo un árbol hueco al que ha puesto un pobre techo de pajas y concentrado en la meditación pese a la cantidad de tentaciones que intentan distraerle.

También le han representado Dürero (1479-1528) y Patinir (1480-1524), pintor este último al que se puede considerar además como especialista en San Jerónimo, Y entre los pintores más modernos, Cézanne (1839-1906), Max Ernst (1891-1976), Dalí (1904-1989) y Diego Rivera (1886-1957), han seguido esta tradición y de una forma sorprendente pusieron de actualidad las tentaciones del santo eremita de los desiertos de la Tebaida.

Pero vamos a centrarnos en el magnífico cuadro que Diego Velázquez le dedicó, inspirándose precisamente en uno de los episodios de la Leyenda Dorada referente a San Pablo Ermitaño¹². Se cuenta en él como, San Antonio, se creía el primer ermitaño hasta que tuvo una revelación en sueños por la que supo de la existencia de Pablo y decidió ir a conocerle. En el camino se cruzó con un centauro y con un sátiro que le indicaron el camino a seguir y hasta con un lobo que le acompañó hasta la cueva.

Pero Pablo había sido avisado en sueños de esta inesperada visita y se había encerrado atrancando la puerta de la cueva con tablas, por lo que Antonio

11. Dominico italiano nacido hacia 1228 y fallecido en 1298 que llegó a ser arzobispo de Génova y escribió una colección de vidas de santos con intención edificante, en la que recogía historia y leyenda de tradición popular. Tuvo un éxito extraordinario.

12. VORÁGINE, S. de la, *La leyenda dorada*, Alianza Forma, Madrid 1996, t. I, p. 97.

tuvo que insistir pacientemente para que accediera a salir. Se abrazaron fraternalmente y compartieron el pan que un cuervo traía a Pablo cada día y que en esta ocasión era doble ración. Cuando Antonio regresaba tuvo la visión de la muerte de Pablo por lo que decidió volver para enterrarle cristianamente, pero como el suelo era rocoso y él solo no podía... aparecieron una pareja de leones que con sus zarpas cavaron la tumba. Y cuenta la leyenda, que *Antonio se llevó consigo la túnica de Pablo, que estaba tejida con cortezas y ramos de palmera; a partir de entonces se la puso todos los días de fiesta.*

Todos estos datos los encontramos ingenuamente dispersos por el cuadro, uno de los pocos religiosos y el único de tema monacal titulado “San Antonio Abad y San Pablo, primer ermitaño”, realizado por Velázquez para la ermita de San Pablo de los Jardines del Buen Retiro, hacia 1634 y que tras diversos traslados aparece en el Museo del Prado en 1819. El prestigioso crítico Carl Justi explica como Velázquez se unió en parte a la corriente pictórica que por esa época reflejaba la dureza de la vida eremítica, plasmando los cuerpos de los ancianos anacoretas secos y fuertes por las penitencias y el ayuno (los cuadros de El Españolito en Nápoles eran paradigma de este asunto), pero introduce su propia visión y lo presenta de forma diferente.

Vemos como los dos ancianos (Antonio nonagenario y Pablo de 113 años), tras su encuentro se sientan en plena naturaleza, naturaleza a la que Velázquez concede un gran protagonismo quizá para resaltar la idea de que su visión y contacto conducen a Dios y era por eso que los ermitaños se retiraban a ella. Efectivamente, pocos cuadros del artista dan al paisaje un papel tan preponderante. Los críticos han intentado averiguar en que lugar se inspiró Velázquez para recrear este ambiente tan solitario y a la vez agreste e idílico. Justi opina que el artista buscó lugares que le eran tan familiares: “las largas paredes rocosas del valle que hay entre los bosques de Valsaín y Segovia por las que seguramente había cabalgado, se encuentran a menudo blandos estratos de roca que el agua lava y convierte en cuevas. Rodean el floreciente valle del río Eresma, en el que desemboca el arroyo Clamores. En una de estas cuevas fue donde se escondió San Frutos, el patrón de Segovia, después de haber dado todos sus bienes a los pobres; allí terminó sus días y allí debieron acogerse los cristianos mozárabes en tiempos de la ocupación árabe. La palmera con cuyas hojas se vestía Pablo y que daría sombra a los dos viejos está situada arriba, en una esquina, a modo de emblema. Su lugar lo ocupa un esbelto aliso de escaso follaje, cubierto de enredaderas y rodeado de zarzas, como las que bordean los caminos del norte de España”¹³. Las sierras que cierran el paisaje y el gran cielo que todo lo cubre tienen el inconfundible sello de Velázquez.

13. JUSTI, C. *Velázquez y su siglo*, Istmo S.A., Madrid 1999, p. 589



Dalí, Las tentaciones de San Antonio

Están los dos ermitaños sentados sobre rocas y nos gustaría oír sus palabras (¡Pablo, según unos autores llevaba 60 y según otros 90 años sin hablar con ningún ser humano!), hasta el momento en que llega el cuervo con el pan. Este es el instante que capta el pintor. Pablo mira al cielo y junta sus manos en agradecimiento al milagro diario, mientras que Antonio las abre en señal de sorpresa. Sólo las vestiduras de ambos no coinciden con los textos; Pablo no lleva su túnica de hojas de palmera y Antonio aparece más como abad que como ermitaño pero con el bastón en forma de Tau apoyado en su pierna.

VIII. PATRONAZGOS DE SAN ANTONIO ABAD

Son muchos los patronazgos del santo en diversos gremios y corporaciones, como la de los tejedores de cestas, en recuerdo de las que trenzaban los eremitas en el desierto y la de los enterradores, por la piadosa leyenda de los leones que le ayudaron a enterrar a su amigo Pablo el Ermitaño. Pero la mayoría de los patronazgos están relacionados con el cerdo que casi siempre, como hemos visto, aparece junto a él en las obras de arte. De ahí que sea honrado entre los porquerizos, los carniceros, chacineros; también es patrono de los campaneros a causa de la campanilla que el animal llevaba al cuello.

No obstante, durante siglos su más extraordinaria popularidad residió en su fama de curar determinadas enfermedades de la piel, como el eczema, la

erisipela y el ergonismo y también fue muy venerado por los amputados, tan relacionados con esta última enfermedad.

Actualmente es más conocido como santo patrono y protector de los animales ya que en numerosos pasajes de su vida parecen en muy buena relación con él.

IX. FIESTAS POPULARES EN HONOR DE SAN ANTÓN: LA BENDICIÓN DE LOS ANIMALES, LAS HOGUERAS

Pocos santos de nuestro calendario tienen unas fiestas tan acreditadas y populares en todas las regiones de España y en muchas de Hispanoamérica como San Antón que suele ser la primera romería y festejo del año. El 17 de enero y la noche de la víspera tienen lugar una serie de costumbres muy peculiares propiciadas con entusiasmo por Cofradías y Ayuntamientos.

En primer lugar, todos los animales domésticos son bendecidos. El hecho puede tener su origen en la costumbre, ya citada, de los caballeros Antonianos que para asegurar la subsistencia de los enfermos en sus hospitales pusieron a los cerdos bajo la protección de San Antonio y paulatinamente esta costumbre se hizo extensible a todos los animales. Pero los que extendieron la práctica de la bendición de los animales, práctica que traspasó nuestras fronteras y llegó hasta tierras americanas, fueron los franciscanos. Intentaban así, por un lado transmitir el amor hacia los animales, tal como lo había hecho San Francisco de Asís y por otro, recordar a los hombres que debían vivir en equilibrio respetando la Naturaleza.

Otra extendida tradición es la de las “hogueras” que como ya hemos visto hacen alusión al ergonismo, uno de cuyos dolorosos síntomas era un terrible ardor como de quemadura en el cuerpo. Por ejemplo, en la región de Valencia es famosa la enorme hoguera del pueblo de Canals que presume, con razón, de hacer la hoguera más grande del mundo en honor de su patrón... una impresionante pira cónica de unos 12 metros de diámetro que empieza a prepararse a primeros de año y que se corona con unas ramas de naranjo. Sus llamas alcanzan los 20 metros de altura.

En Extremadura, en Navalvillar de Pela, se celebra, por todo lo alto y el mismo día, a su Patrón San Antón y “La Encamisá”, llamada también Carrera de San Antón, en recuerdo de una astuta victoria del pueblo frente a los árabes gracias a la utilización de las hogueras y de los caballos. En la fiesta se ven cientos de hermosos caballos cubiertos con unas hermosísimas y originales mantas artesanas adornadas de madroños y fabricadas según ancestral tradición del pueblo.

En Andalucía, concretamente en algunos pueblos de Las Alpujarras, se encienden los “chiscos”, hogueras en torno a las cuales se baila, se come y se charla amigablemente. Y en la Vega, en el pueblo de Armilla, el ayuntamiento programa un concurso de las “Lumbres de San Antón”, premiando aquellas que sean más grandes y seguras. La gastronomía, no podía ser menos, está presente en estas fiestas donde es costumbre cocinar la llamada “olla de san Antón”. Se trata de un puchero elaborado con habas secas, carne de cerdo (carena, orejas, patas, tocino, espinazo, costilla, rabo, morcilla etc.), patatas y otros ingredientes según la zona. Un plato de alto valor calórico para compensar los fríos del mes de enero.

X. SAN ANTÓN EN MADRID

Madrid tiene una iglesia dedicada al santo en la calle de Hortaleza. En su origen perteneció a la Orden de los Hospitalarios de San Antonio Abad y estaba unida al Hospital que poseían en la Calle de Hortaleza, esquina a la de Farmacia. Suprimida la Orden –como hemos visto– por el papa Pío VI en 1787, pasaron a ocupar la iglesia para el culto y el hospital para el colegio, los Escolapios de San José de Calasanz, por decisión del Rey Carlos IV. El templo, diseñado por Pedro de Ribera, una vez transformada la fachada primitiva de estilo churrigueresco a neoclásica, se inauguró en 1794.

En el dintel aparece una lápida (de 1832) en la que se cita a los tres reyes, Carlos III, Carlos IV y Fernando VII, que intervinieron en sus distintas fases. Encima del dintel el Escudo Real y más encima una hornacina entre pilastras y frontón, con la imagen del Santo titular y más arriba una vidriera en la que también aparece. Singularidad de este templo son los dos campanarios disimétricos, uno de forma cuadrada y otro octogonal.

Pero la mayor joya de esta iglesia, que la hace superior a cualquier otra de Madrid, es el magnífico cuadro de Goya “La última Comunión de San José de Calasanz,” que se encuentra a la derecha del altar mayor.

El entorno de la Real Iglesia de San Antón, ubicada en el número 63 de la calle de Hortaleza, se sigue llenando el día 17 de enero, desde las nueve de la mañana a las cinco de la tarde, de gatos, perros, loros, peces, tortugas y todo tipo de animales domésticos que son conducidos por sus dueños para recibir la bendición en nombre de su santo patrón.

Por la tarde se realizan las llamadas “vueltas de San Antón”, un recorrido con la imagen del santo por las calles Mejía Lequerica, Fuencarral, Hernán Cortés y Hortaleza. Estas “vueltas” son lo que resta de una costumbre muy antigua, cuando se celebraba una verdadera romería, con todo tipo de animales caseros y de labor, hasta la iglesia entonces situada en el extrarra-

dio de la ciudad, en el camino del pueblo de Hortaleza. Afortunadamente aún se siguen vendiendo los ricos “panecillos del santo”, los que según la tradición, “traen buena suerte y dinero para todo el año”.

Tanta repercusión y arraigo tenía la fiesta en Madrid que uno de nuestros más castizos autores, Carlos Arniches, estrenó en el teatro Apolo el 25 de noviembre de 1898 el sainete titulado “La fiesta de San Antón”, que constituyó un gran éxito.

XI. BIBLIOGRAFÍA CONSULTADA

MONTERO ALONSO, J., *La romería de San Antón*, Instituto de Estudios Madrileños, Madrid 1985.

JUSTI, C., *Velázquez y su siglo*, Madrid 1999.

OLLAQUINDIA, R., “San Antón en la Medicina”, en *Panacea*, 69 (2005) 54.

OLLAQUINDIA, R., “Bálsamo de San Antón”, en *Panacea*, 73 (2006) 57.

TORMO, E., *Las iglesias del antiguo Madrid*, Madrid 1985.

VARIOS, *Velázquez*. Catálogo exposición Museo del Prado, Madrid 1990.

VORÁGINE, S. de la , *La Leyenda Dorada*, Madrid 1997.